

PIOTR ROSSA*

EL TESTIMONIO CRISTIANO DEL MONACATO

RESUMEN: Entre las varias realizaciones del testimonio cristiano se distingue especialmente la vida monástica. Hoy se entiende este modo de testimonio de vida cristiana como una de las posibilidades de realizar la vida consagrada. Los que realizan este modelo de vida, quieren seguir a Jesucristo y sencillez de su vida realizando en sí al «hombre nuevo» a través de los consejos evangélicos y de las bendiciones. Durante los siglos y hoy día las dos formas de presencia de la vida monástica –eremitismo y cenobitismo– quieren ser el signo radical escatológico para el mundo.

PALABRAS CLAVE: testimonio, eremitismo, cenobitismo, Benito de Nursia, monacato, fe, cultura, cristianismo.

The Christian Witness of Monastic Life

ABSTRACT: Within the spectrum of Christian witness, monastic life has a pride of place. Presently it is understood in the Church as one of the forms of consecrated life. Its essence consists of putting on the «new man» after the example of Jesus Christ. This is accomplished through evangelical simplicity by practicing the evangelical counsels and living out the Beatitudes. The presence of Christians who exemplify this act of witness in their life in both eremitic and cenobitic forms has been a radical eschatological sign to the world throughout the centuries.

KEY WORDS: witness, Benedict of Nursia, monasticism, culture, Christianity.

* Facultad de Teología UAM. Poznań (Polonia): rpiotres@amu.edu.pl; rpiotres@yahoo.es.

El Concilio Vaticano II invitó a la vida religiosa, en sus múltiples formas, a renovar y profundizar sus raíces cristianas. Tanto el cincuenta aniversario de la clausura del acontecimiento conciliar, como el Año de la Vida Consagrada (30 nov. 2014-2 feb. 2016) convocado por el papa Francisco, invitan a hacer una lectura actualizada de esta forma del testimonio cristiano.

El *Código del Derecho Canónico* calificado por el papa Juan Pablo II como «el último documento del Concilio»¹ y promulgado por él mismo en el año 1983, asimila bajo el título *Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica*, diversos modos de seguir a Cristo: la vida eremítica, los institutos seculares, y también el orden de las vírgenes. Este papa invita a los que siguen a Cristo a renovar esta forma del testimonio cristiano: «mediante la profesión de los consejos evangélicos la persona consagrada no sólo hace de Cristo el centro de la propia vida, sino que se preocupa de reproducir en sí mismo, en cuanto es posible, «aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo». Abrazando la *virginidad*, hace suyo el amor virginal de Cristo y lo confiesa al mundo como Hijo unigénito, uno con el Padre (cf. *Jn* 10, 30; 14, 11); imitando su *pobreza*, lo confiesa como Hijo que todo lo recibe del Padre y todo lo devuelve en el amor (cf. *Jn* 17, 7.10); adhiriéndose, con el sacrificio de la propia libertad, al misterio de la *obediencia* filial, lo confiesa infinitamente amado y amante, como Aquel que se complace sólo en la voluntad del Padre (cf. *Jn* 4, 34), al que está perfectamente unido y del que depende en todo»². El monacato se reconoce en esta perspectiva como una de las formas de la vida consagrada, si bien con una peculiaridad teológica y carismática a la hora de vivir el testimonio cristiano.

Originariamente la palabra «monje» (del griego *monos* – solo, solitario) significaba alguien que vivía solo, apartado de los demás. En el sentido cristiano ya usado, apareció a comienzos del siglo IV, y al principio fue limitada solamente a los anacoretas o eremitas, pero después fue aplicada también a todos los que vivían solos o en comunidad, abandonando el mundo³.

¹ JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el curso sobre el nuevo Código en la Pontificia Universidad Gregoriana*, 2 (21 de noviembre de 1983).

² VC 16.

³ Cf. R. CALVO PEREZ, *Monacato*, en: E. BUENO - R. CALVO (dir.), *Diccionario del Laicado y Asociaciones y Movimientos católicos*, Burgos 2004, 501.

1. LOS INICIOS DEL TESTIMONIO DEL MONACATO CRISTIANO

Las primeras formas del monacato cristiano aparecen a principios del siglo IV. Hch 2,42-45 describía la primera comunidad de Jerusalén, como la referencia necesaria de todas las comunidades cristianas posteriores⁴. Este primer grupo de creyentes reunidos después de la Pascua por la fe en Jesús resucitado «eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la unión fraterna, en partir el pan y en las oraciones (...); vivían unidos y lo tenían todo en común». S. Vidal subraya que los Hechos presentan la comunidad de Jerusalén como el único centro del cristianismo de los orígenes. «Dentro de ella están los doce apóstoles, los únicos testigos de la tradición cristiana original, y así, dicha comunidad jerosolimitana, se convierte en el único centro de la misión cristiana inicial. A ella esta ligada también toda la misión posterior y las comunidades que van surgiendo de ésta»⁵.

Numerosos hombres y numerosas mujeres, que se consideran cristianos, están dispuestos a aplicar enteramente, en la práctica de la vida cotidiana, el modelo de la vida de Jesús y sus palabras. Basta recordar, que las palabras de Jesús tocaron los corazones, de los que dejaron todo y le siguieron (los Doce y otros discípulos-as); otros, también invitados por él, no tuvieron el coraje de seguirlo (las palabras de Jesús al joven)⁶. Es Pablo, quien invita tanto a los hombres como a las mujeres a vivir una vida de castidad y pobreza, con deseo de imitar a Cristo, aunque reconoce que la mayoría se casan, y poseen bienes materiales⁷.

⁴ Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, Madrid 1994, v. I, 25.

⁵ S. VIDAL, *Hechos de los Apóstoles y orígenes cristianos*, Maliaño (Cantabria) 2015, 120.

⁶ Cf. R. CALVO PEREZ, *Monacato*, en: *Diccionario del Laicado y Asociaciones y Movimientos católicos*, E. BUENO - R. CALVO (dir.), 502. Muchos autores debatieron el origen del monacato cristiano. Sobre todo, durante el periodo de entreguerras del siglo XX, se puso en entredicho la especificidad del monacato cristiano, buscando sus precursores en la religiosidad greco-helenística, en la India o en el área judía. «La mayor diferencia entre estas prácticas diversas y la cristiana está en que esta última se inspira en los ejemplos del Nuevo Testamento y en los motivos expuestos por S. Pablo en sus cartas, en la radicalidad del seguimiento de Jesucristo; las analogías no proceden tanto de una dependencia doctrinal, cuanto de la inquietud interior de perfección espiritual, que se puede dar en distintos ámbitos culturales» (ibid.).

⁷ Cf. R. SCHNACKENBURG, *Existencia cristiana según el Nuevo Testamento*, Estella 1971, v. II., 204-205.

Las personas que deseaban dedicarse radicalmente a una comprensión más profunda de los mandamientos y de los consejos de Cristo, y a la observancia de ambos, le siguieron. Originalmente, estas personas vivían con sus familias en sus propias casas con determinación de permanecer solteras, y renunciando a todos sus bienes por amor a Cristo. Con el tiempo, tuvo lugar el reconocimiento del estilo de vida de las vírgenes, las viudas y de los continentes en las comunidades; todos ellos se convirtieron en un grupo especial de Iglesia cristiana, que fue reconocido y distinguido durante el servicio litúrgico⁸. Es lo que se llama el «ascetismo pre-monástico».

Las persecuciones de los cristianos en el Imperio romano se recrudecieron a mediados del siglo III. Las más oficiales y crueles tuvieron lugar durante los reinados de los emperadores Decio (250), Valeriano (257) y Diocleciano (303-304)⁹. En aquellos tiempos cada testimonio martirial en la comunidad de la Iglesia, era muy apreciado y considerado como la más alta imitación de Jesucristo. Cuando las persecuciones disminuyeron, disminuyó el número de los mártires. Los lugares vinculados con los mártires de generaciones anteriores recibieron una veneración todavía mayor. A las conmemoraciones litúrgicas se añadió la veneración en templos y peregrinaciones¹⁰.

El año 313, el emperador Constantino emitió el decreto que concedió el derecho a profesar y practicar libremente el cristianismo. La mayor parte de la Iglesia estaba integrada por helenocristianos pero también había en este período un sector de judeocristianos. La Iglesia experimentó un importante crecimiento, al que contribuyó el favor del emperador. El aumento del número de candidatos y catecúmenos no siempre se debió a verdaderas conversiones. Algunos de aquellos cristianos, recordando los tiempos de las persecuciones, se opusieron a la vida fácil y quisieron practicar una vida de mayor renuncia y compromiso.

⁸ Cf. R. CALVO PÉREZ, *Monacato*, en: *Diccionario del Laicado y Asociaciones y Movimientos católicos*, E. Bueno - R. Calvo (dir.), 505. «Por lo general se agrupaban en torno a una iglesia –las vírgenes bajo la autoridad de una diaconisa– y participaban activamente en el oficio divino, constituyendo la salmodia su principal ocupación, aunque no la única. Solían trabajar para ganar su sustento y colaborar de diversos modos en la promoción espiritual y temporal de la comunidad eclesial a la que pertenecían. En muchos lugares estaban organizados, bajo la vigilante protección de los obispos».

⁹ Cf. D. KNOWLES, *El monacato cristiano*, Madrid 1969, 11-12.

¹⁰ Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 33.

Decidieron dedicarse a una vida más aislada del mundo y más consagrada en toda circunstancia a Dios¹¹. En estos finales del siglo III e inicios del siglo IV apareció un especial impulso vocacional, que se ha mantenido hasta nuestros días. Algunos fieles se entregaron a una vida centrada en la pobreza, en el testimonio de oración y en la pureza, frente a un mundo en el que la vida cristiana amenazaba con debilitarse. El mundo ya no era hostil a los cristianos; y, si los mártires habían seguido a Cristo y habían dado testimonio de Él en un momento heroico y grande de su vida, es decir, en el momento de su muerte cruel, tal voluntad derivó en un seguimiento de Cristo «martirial» a lo largo de toda la vida, con la voluntad de no caer bajo la ley del mundo y emprender también la lucha contra las malas tendencias. El compromiso total de los mártires con Cristo se convirtió así, en el compromiso total de los monjes con Cristo. Ya no sólo la muerte de Cristo sino Su Vida, se convirtió en digna de imitación¹².

2. DEL TESTIMONIO INDIVIDUAL DEL EREMITISMO AL TESTIMONIO DE COMUNIÓN FRATERNA DEL CENOBITISMO

Durante las persecuciones, muchos desiertos, montes y regiones inhóspitas se poblaron de cristianos. Para muchos la vida en el desierto fue una posibilidad no sólo de practicar su fe sino también de acercarse a Dios al desierto, luchando contra el demonio en su propio reino, es decir en la soledad. Vivir en estos lugares como cristianos tenía sentido no sólo por apartarse de un cristianismo superficial, sino también como medio de alcanzar la perfección cristiana interior¹³.

La vida monástica en el cristianismo temprano tomó dos formas: la de los anacoretas y la de los cenobitas. La vida de los anacoretas¹⁴ es

¹¹ Cf. D. KNOWLES, *El monacato cristiano*, Madrid 1969, 10.

¹² Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 34-35. Es particularmente importante en este sentido el desarrollo de la teología de Orígenes.

¹³ Cf. G. FORMIGONI, *Monacato*, en: *Cristianismo. Diccionario enciclopédico San Pablo*, Madrid 2009, 668.

¹⁴ Cf. R. CALVO PEREZ, *Monacato*, en: *Diccionario del Laicado y Asociaciones y Movimientos católicos*, E. BUENO - R. CALVO (dir.), 501. «Etimológica y originariamente la palabra «monje» designaba al eremita (o anacoreta), es decir, al asceta cristiano que vive solo en el desierto («éremos»).

característica sobre todo del área egipcia, siríaca y palestina. Los anacoretas se retiraron del mundo y limitaron drásticamente sus relaciones con la sociedad. Esta forma de vida y de la sabiduría de los padres del desierto se hizo universal sobre todo gracias a la figura de san Antonio abad (251-356) cuya biografía debida a s. Atanasio se hizo famosa¹⁵. Otro estilo del anacoretismo apareció, en cambio, en el área siríaca. En aquella región varios anacoretas se retiraban a la cúspide de elevadas columnas exponiendo sus cuerpos a las condiciones climatológicas variables. Desde estas columnas predicaban sermones y daban admoniciones, dependiendo en todo de la benevolencia de los fieles. Entre los «estilitas» el más conocido es Simeón Estilita (c. 390-c. 459)¹⁶.

La necesidad de la liturgia comunitaria y de las admoniciones dadas por el «padre espiritual» dio inicio a una nueva forma de la vida ascética en el siglo IV, forma caracterizada por los rudimentos de la vida común. Las primeras comunidades de ascetas estaban fuertemente marcadas por el individualismo, dada la gran autonomía de los anacoretas; sin embargo el tiempo hizo crecer los lazos y contactos entre los solitarios¹⁷.

Al eremitismo siguieron nuevas formas de vida y convivencia que dieron lugar al cenobitismo¹⁸. Los cenobitas vivían en uno o varios edificios rodeados de una muralla bajo la guía de un abad. En estas comunidades se organizaron la oración y el trabajo de un modo comunitario. Sin duda la vida en el desierto no era muy segura y las comunidades demasiado pequeñas sufrían fuertes problemas económicos. Poco a poco se va constituyendo una red de monasterios relacionados entre sí. Toda la comunidad rezaba, trabajaba y vivía conjuntamente. La experiencia cenobítica codificada más conocida es la de Pacomio (287-346) en Egipto:

¹⁵ Cf. D. KNOWLES, *El monacato cristiano*, Madrid 1969, 12.

¹⁶ Cf. U. RANKE-HEINEMANN, *Monacato*, en: *Conceptos fundamentales de la teología*, H. FRIES (dir.), Madrid 1979, v II, 96-97; A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v I, 58-59.

¹⁷ Cf. D. KNOWLES, *El monacato cristiano*, Madrid 1969, 19-20.

¹⁸ Cf. R. CALVO PEREZ, *Monacato*, en: *Diccionario del Laicado y Asociaciones y Movimientos católicos*, E. BUENO - R. CALVO (dir.), 501. «A partir del siglo IV, la voz [monje] paso a designar también al cenobita (del griego «*koinos*» = común y «*bíos*» = vida); es decir, el asceta que vive junto con otros ascetas, animados por el mismo ideal de soledad, en agrupaciones más o menos numerosas y más o menos separadas del resto de los hombres».

en Tabennesi, y en los monasterios asociados, que formaron la *Koinonía* o congregación¹⁹.

Junto a las comunidades pacomianas, que vivían principalmente en el área del sur de Egipto, aparecieron otros monasterios cenobíticos en Siria, Palestina y Asia Menor. En este último lugar crecieron las comunidades de vida común inspiradas en la Regla y enseñanzas de San Basilio, que supuso puntos concretos de mejora sobre el antiguo ideal cenobítico pacomiano²⁰.

La reorganización de la vida monástica que Basilio llevó a cabo, tuvo como fundamento la naturaleza social de la Iglesia. Se subrayó la importancia de la relación en el monasterio (todos los monjes estaban vinculados entre sí, a la par que con sus hermanos de hábito) y la variada tarea social de la comunidad de la Iglesia en la sociedad (especialmente en cuanto a la atención a los pobres, enfermos y necesitados). La disolución del Imperio Romano y la crisis del mundo antiguo abrieron nuevos espacios importantes para este tipo de testimonio cristiano propio del monacato²¹.

Ciertamente, en las transformaciones que tuvieron lugar en el cristianismo, los seguidores de Cristo buscaban nuevas oportunidades para crecer espiritualmente; fue así cómo aparecieron nuevos proyectos

¹⁹ Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 41-42. A. Masoliver observa que las agrupaciones monásticas de Pacomio «no eran como hasta entonces, mera reunión más o menos accidental de monjes en torno a un *apa*, un padre espiritual, sino una comunidad auténtica y estable de hermanos» (ibid., p. 42).

²⁰ Cf. D. KNOWLES, *El monacato cristiano*, Madrid 1969, 21-22; A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 47. A. Masoliver se refiere a opiniones de otros autores, subrayando que las reglas de san Basilio no son tanto un código de leyes y normas materiales, cuanto una codificación de doctrina espiritual.

²¹ Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 51-52. El predominio social y eclesial del cenobitismo cristiano encontró su mejor expresión en la *Regla* de Benito de Nursia, regla clásica para el monacato occidental. Es importante recordar el desarrollo de este camino del testimonio cristiano. Los monasterios europeos en el alto medioevo eran centros de cultura y santidad. En el siglo XIII con san Francisco de Asís y santo Domingo de Guzmán surge un movimiento popular y clerical, que pobló los conventos de las ciudades medievales. Las terceras órdenes influyeron con una fuerte espiritualidad en el laicado. En el tiempo de reformas, clérigos regulares, como san Ignacio de Loyola, defendieron la Iglesia y abrieron nuevos caminos a su actividad apostólica. En los tiempos actuales los Institutos seculares, han llevado la vida consagrada en medio de los hombres.

cristianos de vida. Terminadas las persecuciones, el monacato se presenta como un martirio incruento.

3. EL GRAN DESARROLLO DEL MONACATO – EL EJEMPLO DE BENITO DE NURSIA

Benito de Nursia (480-560) sintió la necesidad de alejarse de la vida disoluta y de las diversiones de la gran ciudad, durante su etapa de estudiante en Roma. Movido por un ideal de vida eremítica se estableció en el área de Subiaco, y repartió el grande y creciente número de sus discípulos en pequeños monasterios, que organizó según la *Regla* de Pacomio²².

A la vez, maduró una tipología diferente de monasterio, que luego realizaría en Montecasino, inspirándose en el modelo de la vida familiar romana en torno al «*pater familiae*». La vida de los «*monachos*» se centró en la oración, la lectura sagrada y el trabajo manual. La divisa *ora et labora* unía los dos pilares fundamentales del concepto monástico de San Benito: la oración comunitaria y el trabajo manual. Las circunstancias históricas llevaron a los monjes de San Benito a desarrollar una importante actividad apostólica²³.

Los años de la experiencia monástica ayudaron a Benito a elaborar la *Regla*, cuyos principios ascéticos –el primado de la oración y de la búsqueda de Dios, códigos fraternos de comportamiento y eje comunitario de la vida– fueron la base de organización del creciente número de los monasterios²⁴. Además, este ideal monástico influyó mucho en las áreas cultural, social, política; e incluso tuvo repercusiones en el campo económico. Cabe resaltar su dinamismo misionero entre los pueblos paganos, que constituye una aportación fundamental frente al desafío de la evangelización propio de esa época. Sobre todo en aquellos tiempos inestables y cambiantes contribuyó a estabilizar una sociedad procedente de orígenes étnicos muy diferentes²⁵.

²² Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 113s.

²³ Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. II, Madrid 1994, 9ss.

²⁴ Cf. S. BENITO, *Regula* n. 4 y n.72: «no anteponiendo nada al amor de Cristo». Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 114-124.

²⁵ Cf. J. M. ANDRADE CERNADAS, *El monacato benedictino y la sociedad de la Galicia medieval (siglos X al XIII)*, Coruña 1997, 25ss.

Sus encuentros con el rey de los ostrogodos Totila, los consejos ofrecidos a otras personalidades, y las obras unidas a nuevas fundaciones no permitieron a Benito permanecer apartado del resto del mundo cristiano²⁶. La espiritualidad del Santo de Nursia, aunque tuvo también momentos de crisis, no sólo dio impulso, construcción y vida a varios lugares importantes de la cristiandad en el pasado (como la abadía en Cluny) sino también a nuevas fundaciones (camaldulenses, cistercienses entre otros), también hoy centros monásticos de referencia para numerosos cristianos²⁷.

En ese tiempo comenzó el ideal de la vida cristiana que se debía vivir en un monasterio, consistente en una comunión comunitaria, a la cual pertenecía cada uno de los miembros individuales. La sencillez evangélica fue el ideal más importante de la comunidad y de todos sus miembros. Sólo la formación a la vida comunitaria ya tenía un importante valor; sobre todo en un mundo caracterizado por la diversidad étnica creada por la invasión de los bárbaros en el Imperio, el cual también podemos definir como realidad multicultural. En esta línea evangélica primitiva estaba la *Regla* de Benito de Nursia como estructura normativa de la vida en el monasterio.

4. LA ORACIÓN Y LA ACTIVIDADES LABORALES EN LA VIDA MONÁSTICA

La ocupación más importante dentro del esfuerzo de la comunidad monástica consiste ciertamente en la oración. Dentro de este campo podemos incluir a la Eucaristía y a la liturgia de las horas, con sus formas concretas de oración: todas ellas unen espiritualmente a la comunidad. En efecto ellas vinculan a cada uno de los monjes a la comunidad y a toda la Iglesia. Por otra parte la oración en privado, experimentada

²⁶ Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 116. Cf. también *Regula* n. 63. Benito propuso un orden de la comunidad no sólo basado en la unidad entre las naciones sino también evitando toda referencia al prestigio, y al poder. Esta opción muy fraternal ayudaba al respeto al otro, y a la aceptación de las diferencias (nacionales, personales entre otras).

²⁷ Cf. R. ALVAREZ VELASCO, *El carisma monástico presente y futuro*, Abadía de Silos 2001, 75.

también en los monasterios, es un lugar de encuentro con Dios, y un factor para crecer espiritualmente²⁸.

Otra característica importante de la vida monástica es el trabajo. Tanto en su forma de cultivo agrario en huertos y granjas, como en la forma del cultivo del arte de los manuscritos la tarea fundamental de los monjes fue copiar manuscritos. Dicha tarea tuvo lugar en el período que se extiende de Casiodoro y su *Vivarium* a comienzos de la Edad Media, hasta la desaparición del manuscrito, que tuvo lugar con la invención de la imprenta en el siglo XV²⁹. En los tiempos modernos, por circunstancias históricas, aparecieron como trabajo el archivo de los documentos y la educación; no era frecuente encontrar a un monje al frente de una parroquia o en misiones debido a la escasez de sacerdotes. A principios del siglo XX varios de los monasterios se dedican a los estudios especializados y ediciones de revistas en los campos litúrgico, bíblico o histórico. Las diversas ocupaciones activas, como colegios, universidades, parroquias o misiones, supusieron una transformación importante de la vocación monástica al aislamiento³⁰.

Por eso los padres conciliares del Concilio Vaticano II declararon su apoyo, orientación y ayuda a los institutos monásticos, recomendando que siguieran fielmente la guía segura de la regla de cada Orden Monástica y del espíritu del fundador, en las diversos compromisos y tareas monásticas que hay que desempeñar en la actualidad. En este sentido podemos preguntarnos si la vida de un monje fuera del monasterio y al margen de la regla monástica que le orienta, no supone cruzar una frontera decisiva para la vida monástica, pues tales rasgos de clausura y observancia de la regla son fundamentos importantes para la vida de todo monje. La estabilidad monástica no se observa en ciertas circunstancias, en los casos, en los que existe un permiso del papa o bien algún privilegio. Lo más importante, pues, para la vida monástica es la afirmación de un camino, que no es único sino variado, hacia la aceptación integral y total de la llamada de Cristo. El retiro del mundo, la vida en común y la soledad son medios para profundizar en uno mismo el don

²⁸ Cf. S. BENITO, *Regla* 8-20. La oración es la tarea principal de los monjes, por eso ocupa el bloque más extenso de la *Regla*.

²⁹ Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 108-110.

³⁰ Cf. E. CARRETON, *Vida espiritual en clave monástica*, Madrid 1997, 182-191.

de la salvación ofrecido por Jesús³¹. En este modo de vivir el monje se ve acompañado por una regla de vida y un maestro espiritual. Con razón escribe David Knowles al estudiar las actividades monásticas actuales, que sería necesario establecer de modo claro «por un lado una cierta proporción de observancia y disciplina, y por otro tener en cuenta las legítimas exigencias y las inevitables dificultades espirituales que se dan en la vida del maestro o del sacerdote misionero, y habría que subordinar todas las actividades no nominalmente sino prácticamente a un solo control, el del abad o el del prior»³².

Actualmente están surgiendo algunas experiencias que pretenden convertirse *de facto* en auténticos «semilleros de edificación del pueblo cristiano». Experiencias de tipo diverso: laicos que se acercan a vivir la espiritualidad monástica en momentos puntuales y como formación integral para vivir su vida cristiana en el mundo; personas que quedan imbuidos de dicha forma monástica de vida y desean formar «comunidades monásticas laicales», etc. La realidad va enriqueciendo un marco preconiliar estrecho; una realidad que arraiga con fuertes fundamentos en la tradición de la Iglesia. El tiempo se encargará de situar en su verdadero lugar estos intentos renovadores. De momento démosles el beneficio de la duda y considerémoslos muestra o signo de vitalidad eclesial³³.

5. EL TESTIMONIO CRISTIANO Y SU CARISMA MONACAL

El tema del testimonio está centrado en la persona de Jesucristo; especialmente en las obras de san Juan Evangelista: Cristo es el Testigo (Ap 1,5; 3,14); y para Él, atestiguar significa revelar al Padre. Así pues, el

³¹ Cf. U. RANKE-HEINEMANN, *Monacato*, en: *Conceptos fundamentales de la teología*, H. FRIES (dir.), Madrid 1979, 97-99. Cf. También E. CARRETÓN, *Vida espiritual en clave monástica*, p. 31ss.

³² D. KNOWLES, *El monacato cristiano*, Madrid 1969, 242.

³³ Cf. A. MASOLIVER, *Historia del Monacato cristiano*, v. I, Madrid 1994, 25: El monje es «un cristiano que quiere serlo en profundidad con todas las exigencias, viviendo en la comunidad de hermanos de manera especial el precepto esencial del amor fraterno, podremos afirmar sin exageración, que toda la comunidad cristiana como tal, la Iglesia de Dios, monjes y seglares, tenemos como cristianos nuestro modelo ideal para llegar a la plenitud de nuestra vida, en la comunidad primera de la Iglesia madre de Jerusalén, en los «santos» de que habla san Pablo en el libro de los Hechos» (ibid.).

testimonio de Jesús equivale a su función reveladora y tiene como objeto al mismo Cristo en su misterio personal de Hijo³⁴. R. Latourelle subraya que «por eso Cristo da testimonio con toda su presencia y durante toda su existencia»³⁵. Para Cristo, dar testimonio es revelarse, darse a conocer: todo lo que Él es, y también de dónde viene, es decir, del Padre. Si esta revelación culmina en la cruz, es porque en la cruz tiene lugar la suprema revelación de Cristo. Es precisamente en la cruz, donde el amor supremo del Padre a los hombres se manifiesta en el amor supremo de Cristo a los suyos. El *Apocalipsis* presenta a Cristo como el «testigo fiel y verdadero» (Ap 13,8). Cristo es, por tanto, el testigo absoluto, el que lleva en sí mismo la garantía de su testimonio³⁶.

El hombre que realiza su vida en este mundo descubre otras dimensiones de su existencia histórica. R. Schnackenburg escribe que el ser humano «se experimenta a sí mismo como un ser que es afectado interiormente por los acontecimientos externos, reacciona ante ellos con alegría o con dolor, es movido por tendencias y pasiones y busca un desarrollo de sí mismo, una realización propia, que las posiciones externas no le pueden ofrecer. Quien quiera dar plenitud profunda a su carácter humano, intentará conseguir los valores personales, lo propiamente humano, que da a su existencia la dignidad humana. Pero un hombre de este tipo se enfrenta también con el límite de la muerte corporal; se diría que es ésta quien le acomete y le hace meditar profundamente sobre la vida y la muerte. La moderna filosofía existencialista parte también de este límite y ofrece al hombre respuestas para superar su situación existencial. Hoy solamente la fe se atreve a pasar esta frontera, consiguiendo así una nueva comprensión de la vida y de la muerte»³⁷. El hombre, sin embargo, no sería capaz de acoger por la fe este testimonio del Absoluto, manifestado en la carne y el lenguaje de Jesús sin una atracción interior (Jn 6,44), que es un don del Padre y un testimonio del Espíritu (1 Jn 5,9-10)³⁸.

³⁴ Cf. E. CARRETON, *Vida espiritual en clave monástica*, Madrid 1997, 73-247.

³⁵ Cf. R. LATOURELLE, *Testimonio*, en: R. LATOURELLE - R. FISICHELLA, *Diccionario de Teología Fundamental*, Madrid 1992, 1529.

³⁶ Cf. *Ibid.*

³⁷ Cf. R. SCHNACKENBURG, *Existencia cristiana según el Nuevo Testamento*, v. II., 155-156.

³⁸ Cf. R. ALVAREZ VELASCO, *El carisma monástico presente y futuro*, Abadía de Silos 2001, 75.

El testimonio se interioriza, pues el que cree en Cristo tiene en sí la prueba ofrecida por Dios. La certeza que el creyente posee en sí mismo, deriva de que el Espíritu ha dado testimonio acerca del Hijo. Y la interiorización de dicha certeza está relacionada con la palabra de Cristo, que manifiesta a los hombres la intimidad de su diálogo con el Padre. Y, del mismo modo, Juan anuncia lo que él ha visto y oído del Verbo de vida, para que por la fe en su testimonio los hombres entren en comunión de vida con el Padre y con su Hijo³⁹. El testimonio exterior va acompañado de un testimonio interior del Espíritu, que hace al hombre capaz de abrirse al Evangelio y de adherirse a él por la fe. Sin esta testificación interior del Espíritu, el testimonio exterior sería vano y estéril⁴⁰.

El Concilio Vaticano II apreció mucho la vocación a la santidad de todos los cristianos y no sólo de algunos de ellos. Por eso, «a los ojos del Concilio, dar testimonio significa presentar y proclamar el evangelio como verdad y salvación del hombre, mediante una vida conforme con el evangelio»⁴¹. Este testimonio tiene que adoptar una forma individual y comunitaria al mismo tiempo. Es todo el pueblo de Dios el que ha de difundir su testimonio vivo mediante una vida teologal fervorosa. Pero «como el pueblo de Dios vive en comunidades, sobre todo diocesanas y parroquiales (...), a ellas corresponde también dar testimonio de Cristo delante de las gentes»⁴². Subraya R. Schnackenburg: «En nuestra existencia cristiana la fe tiene que confirmarse y acrisolarse. Por ello no podemos eludir el problema acuciante de la realización de la existencia cristiana en este mundo, que se diferencia de la actitud vital de otros hombres»⁴³.

³⁹ Cf. E. CARRETON, *Vida espiritual en clave monástica*, Madrid 1997, 251-340; R. LATOURELLE, *Testimonio*, en: R. LATOURELLE, R. FISICHELLA, *Diccionario de Teología Fundamental*, p. 1530.

⁴⁰ Cf. R. ALVAREZ VELASCO, *El carisma monástico presente y futuro*, Abadía de Silos 2001, 76. «Una espiritualidad sin gracia de Dios degenera en un puro prometeísmo. A la vez, una espiritualidad sin encarnadura histórica, acaba en puro espiritualismo. La Iglesia y los religiosos debemos vivir el difícil equilibrio entre la fe en la ayuda que Dios concede y el esfuerzo de hacerla realidad» (ibid.).

⁴¹ R. LATOURELLE, *Testimonio*, en: R. LATOURELLE - R. FISICHELLA, *Diccionario de Teología Fundamental*, Madrid 1992, 1532.

⁴² AG n. 37. Cf. R. ALVAREZ VELASCO, *El carisma monástico presente y futuro*, Abadía de Silos 2001, 26s.

⁴³ Cf. R. SCHNACKENBURG, *Existencia cristiana según el Nuevo Testamento*, v. II., 10.

El Concilio recogió estas afirmaciones generales sobre la vocación de los cristianos a la santidad y las aplicó diversificadamente a cada grupo de cristianos. Se habla del testimonio de los obispos y pastores, de los sacerdotes, de los religiosos y de los laicos entre otros. A los religiosos se les invita: «mediante la integridad de la fe, mediante la caridad para con Dios y el prójimo, mediante el amor a la cruz y a través de la esperanza de la gloria venidera, difundan por todo el mundo la Buena Nueva de Jesucristo, a fin de que el testimonio a favor del Señor aparezca a los ojos de todos, y sea glorificado nuestro Padre, que está en los cielos»⁴⁴. Pero la vida monacal se caracteriza sobre todo por apuntar a lo más alto, a Dios mismo; y también por la observancia de consejos evangélicos, que, suponen en su radicalidad la libre aceptación de la castidad y el abandono del derecho a la propiedad⁴⁵.

Desde el Concilio Vaticano II se ha dado gran relieve a la personalización de la fe y a su interiorización, que luego debía exteriorizarse en la propia vida de cada cristiano. Son los mismos cristianos, –por su vida santa–, y las comunidades cristianas, –por su vida de unidad y caridad–, los que protagonizan y hacen patente a la propia Iglesia. Viviendo perfectamente su condición de hijos del Padre, rescatados por Cristo y por el Espíritu, es como los cristianos realizando el grande asunto de vida humana dan a entender a los demás hombres que la salvación esta verdaderamente entre nosotros.

Cabe señalar que, desde los comienzos del cristianismo se han desarrollado diversas formas de vida, que querían imitar a Jesucristo en su vida y muerte, para lograr su resurrección. En el desierto y el monasterio se reconocen lugares de seguimiento de Jesucristo y de la comunidad primitiva. En la Iglesia desde siempre ha habido gente que quería seguir a Jesucristo observando vida de los mandamientos, y a la vez personas que deseaban ir más allá de dicho límite y anhelaban cumplir los consejos, presentados en la Escritura y en la tradición. Estos consejos pertenecen sobre todo a las dos grandes dimensiones de la vida humana: a la relación personal y a la propiedad material.

Los monjes se esfuerzan en conciliar armónicamente la vida interior y el trabajo en el compromiso evangélico por la conversión de las

⁴⁴ Cf. PC 25.

⁴⁵ Cf. R. ALVAREZ VELASCO, *El carisma monástico presente y futuro*, Abadía de Silos 2001, 74.

costumbres, la obediencia, la estabilidad y la asidua dedicación a la meditación de la Palabra (*«lectio divina»*), la celebración de la liturgia y la oración.

Una de las cualidades más importantes del conjunto de mensajes que la Iglesia comunica es el signo profético. El monacato, con su fuerte unión con Cristo, no sólo convierte al Señor en el centro de la propia vida, sino que se preocupa de que cada monje reproduzca en sí mismo, en cuanto es posible, «aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo» y también que comparta su misión. Con tal identificación «conformadora» con el misterio y la misión de Cristo, el monacato profundiza las formas de testimonio de los otros modos de vida cristiana, haciendo de ellas un signo radical escatológico en el seno del mundo⁴⁶.

Este don total de sí, propio del monje, expone de modo claro y radical que Dios es el único necesario, y que el fin escatológico es el fundamento de la vida humana. Dios, en efecto, basta para que el hombre se realice plenamente, y para que nadie ni nada le aparte de su camino vital de seguimiento del Creador y Redentor. El justo equilibrio entre la libertad del «yo», y las reglas de vida y la responsabilidad por el otro en el seno de la comunidad es la aportación que la vida monástica puede proporcionar a la situación cultural actual por la que está pasando nuestro mundo occidental.

⁴⁶ Cf. VC 16.